

Richard G. Parker  
**Imperialismo y  
organización obrera  
en América Latina**

---

1

## INTRODUCCIÓN

En la abundante literatura sobre el impacto del imperialismo en América Latina, gran parte escrita por latinoamericanos y disponible en español, hay algunos vacíos notorios. Uno de ellos atañe al objeto de este ensayo, el impacto del imperialismo en la organización política y gremial de la clase obrera. Este vacío es algo sorprendente porque hace varios años la izquierda norteamericana trabaja sobre esta problemática y ya son relativamente numerosos los estudios disponibles en inglés.<sup>1</sup> Sin embargo, todavía hace falta en español algún tratamiento sistemático del tema. Esta ausencia luce particularmente grave por cuanto la desorganización sistemática de las clases subordinadas constituye una dimensión fundamental y cada vez más importante de la política imperialista de afianzamiento del sistema capitalista en el continente.

En este ensayo nos proponemos esbozar en sus líneas generales la política imperialista, y en especial la norteamericana, frente a las organizaciones obreras durante este siglo. Concentramos la atención en la experiencia de los últimos cuarenta años, a partir de la segunda guerra mundial, porque en el periodo anterior todavía no se llevaba a efecto una política continental frente a las organizaciones obreras. Hasta la segunda guerra mundial la falta de una política sistemática de desorganización de la clase obrera latinoamericana se debe sobre todo a la relativa debilidad de la misma clase obrera y a su incapacidad para constituir un obstáculo significativo a la penetración de relaciones capitalistas, o —menos aún— ofrecer la perspectiva de una alternativa socialista.

Una vez iniciada una política global dirigida hacia las organizaciones obreras, se puso en evidencia la variedad de instrumentos y mecanismos a través de los cuales la política imperialista se implementa.

---

<sup>1</sup> Se destacan las investigaciones pioneras del North American Congress on Latin America (NACLA) y los trabajos de Hobart A. Spalding Jr. y Jack Scott.

Para facilitar la lectura, convendría indicar desde ya, y en forma esquemática, los distintos tipos de presión imperialista que nos parecen relevantes para nuestra discusión. Podemos distinguir tres niveles de actuación: primero están las presiones ejercidas directamente por la potencia imperialista sobre los gobiernos latinoamericanos para que modifiquen su política frente al movimiento obrero local —desde el extremo de la intervención militar directa, pasando por las actividades de la CIA, las presiones económicas y financieras bilaterales, hasta las representaciones diplomáticas corrientes—; en segundo lugar están las presiones en el mismo sentido ejercidas a través de organizaciones internacionales o regionales —como en los casos del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Interamericano de Desarrollo o la Organización de Estados Americanos—, todas organizaciones en donde el imperialismo ejerce una influencia determinante; y por último están las organizaciones nacionales, internacionales y regionales dirigidas a incidir directamente en la vida sindical. Como estas últimas van a ocupar un lugar privilegiado en nuestra discusión, incluimos una lista de las que aparecen en el texto. Sin embargo, pretendemos mostrar cómo la intervención del imperialismo en la vida sindical constituye solamente una dimensión de una política global que se hace vigente a través de una multiplicidad de mecanismos.

## Cuadro 1

### ORGANIZACIONES SINDICALES INTERNACIONALES Y REGIONALES MENCIONADAS EN EL TRABAJO

---

#### 1. ORGANIZACIONES SINDICALES INTERNACIONALES

##### 1.1. *Generales*

1.1.1. *FSM* Federación Sindical Mundial (1945)

1.1.2. *CIOSL* Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (1949)

1.1.3. *CISC* Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos (1920)

1.1.4. *CMT* Confederación Mundial del Trabajo, ex-CISC (1968)

##### 1.2. *Secretariados Profesionales Internacionales (SPI)*

1.2.1. *ICTT* Internacional de Correos, Teléfonos y Telégrafos

1.2.2. *FIT* Federación Internacional de Transporte

1.2.3. *FITC* Federación Internacional de Técnicos y Comerciales

---

2. ORGANIZACIONES SINDICALES REGIONALES

- 2.1. *COPA* Confederación Obrero Pan-Americana (1918)
  - 2.2. *ACT* Asociación Continental de Trabajadores (1929)
  - 2.3. *CSLA* Confederación Sindical Latinoamericana (1929)
  - 2.4. *CTAL* Confederación de Trabajadores de América Latina (1938)
  - 2.5. *CIT* Confederación Interamericana de Trabajadores (1948)
  - 2.6. *ORIT* Organización Regional Interamericana de Trabajadores (1951)
  - 2.6.1. *IADSL* Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre, vinculado a la ORIT (1962)
  - 2.7. *CLASC* Confederación Latinoamericana Sindical Cristiana (1964)
  - 2.7.1. *CLAT* Confederación Latinoamericana de Trabajadores, exCLASC (1971)
- 

2

LOS ANTECEDENTES

Durante las primeras cuatro décadas del siglo XX, la preocupación de los países imperialistas respecto al movimiento obrero se limitaba, en general, a su impacto directo sobre las inversiones extranjeras en el continente. Era un interés puntual que se expresaba normalmente en presiones diplomáticas a favor de soluciones represivas a las huelgas que debían ejecutar los gobiernos locales. A partir de comienzos del siglo es el imperialismo norteamericano el que asume el papel más activo, pero sus actividades

están concentradas en las regiones cercanas en donde se encontraban sus primeras inversiones: en México, en el Caribe y en Centroamérica.

En esta región, al interés por proteger sus inversiones se añade la preocupación por garantizar el control militar, dada la importancia del Canal de Panamá en su proyecto de expansión global. De allí las conocidas intervenciones militares en Centroamérica y en el Caribe durante las primeras décadas del siglo. Sin embargo, durante estas mismas décadas México constituía un caso de interés particular para los Estados Unidos por ser el único país latinoamericano con el que compartía una frontera, por ser, además, el país que recibía la mayor parte de las inversiones norteamericanas en América Latina hasta la primera guerra mundial y, por último, por el impacto de la Revolución Mexicana y el peligro que implicaba para esas inversiones.<sup>2</sup>

Fue en este contexto de inseguridad para las inversiones norteamericanas en el país vecino, que se produjo el primer intento por parte de los norteamericanos de influir directamente en las organizaciones sindicales del continente. La iniciativa fue de los sindicatos norteamericanos más que del gobierno, aunque tenía el visto bueno y el apoyo financiero secreto de éste. La American Federation of Labor (AFL) había definido, desde mucho antes, una política de respaldo al expansionismo norteamericano, de no “oponerse al desarrollo de nuestra industria, a la expansión de nuestro comercio, ni al poder e influencia que Estados Unidos pudiera ejercer sobre el destino de las naciones del mundo”.<sup>3</sup> Durante la primera guerra mundial y bajo la dirección de su presidente, Samuel Gompers, la AFL había estrechado notablemente los vínculos con el gobierno de su país. Las iniciativas que culminaron en la formación, en 1918, de la Confederación Obrera Pan-Americana (COPA), se destinaban sobre todo a la Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM), entre otras cosas por la preocupación que sentían los sindicalistas estadounidenses ante el flujo de inmigrantes mexicanos dispuestos a trabajar por sueldos muy por debajo de los corrientes entre los obreros norteamericanos. Sin embargo, Gompers explicó que también buscaban un objetivo general. Comentaba que “la política fundamental que he perseguido al organizar la COPA se basa en el espíritu de la Doctrina Monroe, establecer y mantener las relaciones más amistosas entre los gobiernos de los Estados Unidos y de los países panamericanos”.<sup>4</sup> Santiago Iglesias, representante de la AFL en la sesión inaugural de la COPA, fue

---

2 Véase Gordon Connell-Smith, *Los Estados Unidos y América Latina*, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1977, pp. 168-81.

3 Jack Scott, *Yankee Unions, Go Home, How the AFL Helped the US build an Empire in Latin America*, New Star Books. Vancouver, 1978, p. 153.

4 *Ibid.*, p. 176.

aún más explícito al sugerir como función de la nueva organización que se crearan las condiciones para que “el sindicalismo constructivo pueda ganar una posición de predominio en América Latina, protegiendo así al movimiento sindical norteamericano de una lucha permanente en su puerta trasera en contra de un movimiento laboral revolucionario y extremadamente destructivo”.<sup>5</sup>

A partir de esta incursión en la política sindical latinoamericana, la AFL pasó a ser tal vez la organización de más importancia en la implementación de la política imperialista en este campo. Con todo, este primer intento tuvo relativamente poco éxito y fue de corta duración.

Los intentos más serios de promover organizaciones regionales de la clase obrera en el periodo entre las dos guerras mundiales tuvieron de hecho un signo bien distinto: fueron independientes de Estados Unidos y tenían objetivos explícitamente antimperialistas. Las dos primeras organizaciones surgieron hacia fines de la década de los veinte: la Asociación Continental de Trabajadores (ACT), promovida por los anarquistas, y la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA), vinculada a la Internacional Sindical Roja, que reunía a sindicalistas comunistas. Ninguna de estas dos organizaciones provocó mayor inquietud en círculos imperialistas, una medida de su poca representatividad. En cambio, la formación, en 1938, de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL) tuvo repercusiones inmediatas.

El impacto inicial de la CTAL se debió menos al programa propuesto, que no fue más radical que el de sus dos predecesores que al peso dentro de la organización de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM), liderada por Lombardo Toledano, en momentos en que las relaciones entre Estados Unidos y México habían degenerado por la decisión del gobierno mexicano de nacionalizar las empresas petroleras pertenecientes al capital norteamericano. La AFL vio en las actividades de la CTAL de respaldo a la nacionalización, evidencia de una peligrosa falta de respeto por la propiedad privada, y se comprometió con representantes del Departamento de Estado a oponerse a las políticas del gobierno de Cárdenas, combatir a la CTM y cooperar con la ya debilitada y desprestigiada CROM dirigida por el corrupto Luis Morones.<sup>6</sup>

A pesar del apoyo prestado posteriormente por Lombardo y la CTAL al esfuerzo bélico, expresado a través de una política contraria a huelgas que pudieran obstaculizar la producción, la influencia cada vez más determinante del Partido Comunista dentro de la organización, particularmente notoria hacia fines de la guerra, sirvió para confirmar la determinación del imperialismo norteamericano de dividirla

---

5 Ibid., p. 114.

6 Ibid., p. 180.

y promover una alternativa. Sin embargo, las exigencias de la alianza con la Unión Soviética impidieron una ofensiva abierta durante la guerra.

Sería a partir de la segunda guerra mundial que se sentarían las bases para una política sindical proimperialista de alcance verdaderamente continental.

3

### DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL A LA GUERRA FRIA

A consecuencia de la segunda guerra mundial, las relaciones de las distintas potencias imperialistas con América Latina, y más especialmente con las organizaciones obreras, sufrieron modificaciones importantes. El colapso de Alemania, junto con el enorme debilitamiento económico de Gran Bretaña y Francia, redujo drásticamente la capacidad de esos Estados imperialistas para influir en América Latina durante los primeros años de posguerra. El vacío dejado ofreció a Estados Unidos la posibilidad de consolidar su poder imperial en el continente y transformar a América Latina entera en su “patio trasero”.

Como resultado de la guerra, el capitalismo norteamericano salió enormemente fortalecido. Su capacidad productiva se había incrementado a tal punto que se ha calculado que en 1945 era dueño de más del 60% del parque industrial a nivel mundial. Esta circunstancia evidentemente ofreció la oportunidad de acelerar la penetración de las economías periféricas en general y de América Latina en particular. En efecto, podemos constatar un acelerado aumento del intercambio comercial y de la penetración del capital norteamericano en América Latina en las décadas siguientes. Entre los años 1940 y 1960 el monto del capital extranjero invertido en América Latina aumentó de tres mil millones a diez mil millones de dólares, correspondiendo a Estados Unidos el 80% en esta última fecha.<sup>7</sup>

Sin embargo, la situación producida por las circunstancias de la guerra representó para los estadistas del imperialismo norteamericano algo más que una oportunidad. Su expansión hacia América Latina fue vista más bien como una necesidad. Durante el curso de la guerra obsesionaba a los dirigentes norteamericanos el temor, plenamente justificado, de que la economía norteamericana no cayera en una crisis depresiva una vez concluidas las hostilidades, al faltar oportunidades de exportaciones masivas

---

<sup>7</sup> Vania Bambirra, *El capitalismo dependiente latinoamericano*, ed. Siglo XXI, México, 1974, p. 88.

de bienes y capitales.<sup>8</sup> De las regiones potencialmente abiertas al imperialismo, América Latina parecía ofrecer las mejores perspectivas, además de ser la región tradicionalmente más susceptible a la influencia norteamericana. Por otra parte, y tal como lo expresó un delegado a la convención anual de la AFL en 1946,

en el curso de la guerra victoriosa en contra de la amenaza de [las potencias enemigas], nuestro propio país ha gastado mucho de sus recursos naturales. La producción y prosperidad de Estados Unidos ahora depende en gran medida de nuestra capacidad de conseguir, a través de intercambio y comercio equitativo con nuestros vecinos latinoamericanos, ciertas materias primas de vital importancia.<sup>9</sup>

Estas necesidades apremiantes del capitalismo norteamericano explican la rapidez y violencia de la ofensiva imperialista en América Latina a partir de 1945. Es una ofensiva que se expresa en todos los terrenos: en los pactos militares que sientan las bases para el predominio norteamericano sobre los aparatos represivos en el continente; en la formación de la Organización de Estados Americanos en 1948; en las misiones financieras, políticas y prestamistas, en el agresivo respaldo al capital norteamericano que buscaba ubicarse en la región y, en fin, en el aval otorgado a los regímenes militares que proliferaban a partir de 1948 y dominaban la escena política de muchos países latinoamericanos durante la década de los cincuenta.

La política imperialista durante este periodo de posguerra, a diferencia de la experiencia posterior a la primera guerra mundial, incluyó como elemento esencial una ofensiva global dirigida a contener la movilización popular a nivel continental y contener la creciente influencia de la izquierda en las organizaciones obreras. La manifestación más clara de esta dimensión de la política imperialista fueron las presiones ejercidas para lograr la ilegalización de los partidos comunistas, una vez definida con nitidez la situación de enfrentamiento con la Unión Soviética a partir de febrero de 1947. Esta política es especialmente transparente en el caso de Chile. En este país, el partido comunista contaba con una fuerte representación sindical, un notable y creciente caudal electoral y, además, con participación en el gobierno de González Videla. En abril de 1947, mientras que el Partido Comunista Chileno ganaba el 17.7% de los votos en las elecciones municipales, se encontraba en Washington una misión económica

---

8 La investigación clásica sobre este tema en Gabriel Kolko. *The Politics of War: The World and US Foreign Policy 1943-45*, ed. Random House. Nueva York. 1968.

9 Jack Scott. op. cit., p. 207.

chilena que buscaba ayuda financiera para enfrentar la crisis que sufría la economía a consecuencia de la caída de los precios del cobre en los mercados mundiales. A pesar de que González Videla había sacado a los tres ministros comunistas de su gabinete, su enviado fue informado de que ni el gobierno norteamericano ni el Banco Mundial (dominado por Estados Unidos) concederían préstamos a Chile hasta tanto no eliminara a todos los comunistas de los puestos de responsabilidad en la Administración Pública.<sup>10</sup>

Ya para septiembre de 1947 el embajador norteamericano en Chile informaba a sus superiores que “por el momento el gobierno no se puede mover en contra de los comunistas que ocupan puestos de representación, pero parece que el presidente está asegurando paulatinamente que no quede en manos comunistas ningún puesto administrativo de importancia”. En octubre del mismo año el gobierno norteamericano suministró al gobierno chileno ayuda de emergencia para enfrentar una huelga de los mineros de carbón encabezada por los dirigentes comunistas. A cambio de la evidente cooperación con la política imperialista, el gobierno chileno recibió, a comienzos de 1948, el primer préstamo del Banco Mundial concedido a un país latinoamericano. Finalmente las presiones imperialistas culminaron con la aprobación de la notoria Ley Permanente de Defensa de la Democracia, que ilegalizaba al Partido Comunista, eliminando de los padrones electorales a sus simpatizantes y purgándolo en los sindicatos. Por supuesto, el gobierno aprovechó de paso para llevar a cabo una ofensiva general en contra de las organizaciones obreras.<sup>11</sup>

El caso chileno ha sido de gran utilidad para ilustrar la naturaleza de la ofensiva imperialista precisamente porque allí la vigilancia de una institucionalidad democrático-burguesa difícil de resquebrajar, junto con la excepcional fuerza política del Partido Comunista Chileno, exigió del gobierno norteamericano una campaña sostenida de presiones que ha sido posible documentar posteriormente. En otros países como, por ejemplo, Brasil, que también tenía una organización comunista de cierto peso, se logró el mismo objetivo sin la necesidad de una presión tan evidente como en el caso chileno y sin recurrir a una intervención militar como en otros países del continente. Sin embargo, el recurso más frecuente contra el auge popular fue precisamente un régimen de fuerza, como en los casos de Perú, Venezuela, Colombia y Cuba. Es difícil evaluar la contribución de las presiones imperialistas en la instalación de estos regímenes militares, pero no queda ambigüedad con respecto al apoyo irrestricto que disfrutaron una vez consolidados.

---

10 Kenneth P. Erickson and Patrick V. Peppe. “Dependent Capitalist Development, US Foreign Policy and Repression of the Working Class in Chile and Brasil”, *Latin American Perspectives* III (1).

11 *Ibid.*, pp. 32-33.

Paralelamente a esta ofensiva política general, se venían perfilando políticas dirigidas específicamente a las organizaciones sindicales. Durante la guerra misma, empezó a delinearse un programa de acción, en que se manifestó la confluencia de intereses entre la burocracia sindical norteamericana y el ala más lúcida del capital monopólico encabezada por Nelson Rockefeller. A través de la Oficina de Asuntos Inter-Americanos (OAIA), establecida en 1940 bajo la dirección de Rockefeller, se inició una política de financiamiento a las actividades sindicales en América Latina. Según diría el mismo Rockefeller en una reunión de la AFL en 1946, el gobierno venía buscando la manera de incorporar a los sindicatos en una Unión Panamericana, que se planteaba como una alternativa a la CTAL. Ya en 1943 se logró organizar, conjuntamente con la AFL y la CIO, la visita a Estados Unidos de dirigentes sindicales latinoamericanos considerados confiables. Antes de terminar la guerra se había tomado la iniciativa de introducir Agregados Laborales en las embajadas estadounidenses en América Latina, reflejando así el nuevo interés en las organizaciones sindicales del continente.<sup>12</sup>

A pesar de estas iniciativas oficiales, fue más bien la AFL la que impulsó la campaña en contra de la CTAL y en favor de una organización regional alternativa, subordinada a la política imperialista. Se estableció contacto con Bernardo Ibáñez, dirigente sindical chileno, socialista violentamente anticomunista y enemigo personal de Lombardo Toledano. Al mismo tiempo, George Meany, dirigente de la AFL, viajó a México a estrechar relaciones con los enemigos de Lombardo Toledano en el movimiento obrero mexicano. Los años de posguerra vieron la ampliación de la actividad dirigida a establecer las bases de la nueva organización regional. En 1946, la AFL mandó a recorrer América Latina a su recién nombrado representante para asuntos latinoamericanos, Serafino Romualdi, quien tenía como antecedente el haber trabajado en la Inteligencia Militar norteamericana durante la guerra y sus contactos con la OAIA de Rockefeller. Romualdi se transformó rápidamente en figura clave de la política laboral norteamericana en América Latina, posición que mantuvo hasta jubilarse en el año 1964. En sus memorias, publicadas en 1966, comentaba que “la AFL, ya en 1946 ayudaba con cantidades importantes de dinero a los elementos anticomunistas de Chile”.<sup>13</sup>

Cuando el Departamento de Estado aceleró su propia ofensiva anticomunista a partir de febrero de 1947, se produjo una colaboración más estrecha con la AFL. Según el mismo Romualdi, él e Ibáñez se reunieron con Spruille Braden, subsecretario de Asuntos Latinoamericanos, en abril de 1947 y

---

12 Jack Scott, op. cit., p. 210.

13 Kenneth P. Erickson y Patrick V. Peppe, op. cit., p. 33.

recibieron la seguridad de que “la actividad del Departamento de Estado hacia nuestros [AFL] esfuerzos para combatir el comunismo y otras influencias totalitarias en América Latina será de ahora en adelante no solamente de simpatía sino de cooperación”.<sup>14</sup> Sin embargo, los resultados iniciales no fueron alentadores, sobre todo en el Cono Sur. En Chile, Ibáñez no logró contrarrestar la influencia comunista en los sindicatos y en Argentina las iniciativas norteamericanas tuvieron aún menos éxito en sus intentos por debilitar la poderosa organización sindical de los peronistas. En el otro extremo, los sindicatos norteamericanos podían contar con el respaldo de los corruptos dirigentes sindicales del Partido Auténtico Cubano, lo que confirmaba la condición semicolonial de esa isla.

Los avances más significativos ocurrieron en Perú y en Venezuela, donde existían organizaciones sindicales anticomunistas de gran arraigo popular dispuestas a cooperar con los norteamericanos. En el primer caso se trataba de los sindicatos bajo la influencia del APRA y en el segundo de los sindicatos controlados por el partido Acción Democrática. Así fue que estos dos partidos nominalmente antimperialistas, pero en la práctica los más fieles exponentes del reformismo latinoamericano, se identificaron tempranamente con la política imperialista propugnada por la AFL. El mismo Romualdi, comentando los contactos establecidos con los apristas y con los adecos durante su primera gira por América Latina, indicaba que “adoptaron mi posición y así se hicieron, y han seguido siendo hasta ahora [1966], los más fuertes e influyentes baluartes de mi misión en América Latina”.<sup>15</sup>

La ofensiva en contra de la CTAL y contra la Federación Sindical Mundial (FSM), a la cual la CTAL pertenecía, llevó a la formación en 1948 de la Confederación Interamericana de Trabajadores (CIT). El año siguiente se estableció la anticomunista Confederación Internacional de Sindicatos Libres (CISL), y en 1951 la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), que surgió como afiliada a la CISL, reemplazó a su vez a la CIT.

Desde sus comienzos la ORIT estuvo dominada por la burocracia sindical norteamericana compuesta a su vez, a partir de los años cincuenta, por la AFL-CIO. Incluso un liberal norteamericano, comentando las enormes diferencias en riqueza, poder e influencia entre la organización sindical norteamericana y las demás organizaciones sindicales participantes de América Latina, tuvo que concluir que conducían a “un tipo de imperialismo que siempre impregnaba la relación”.<sup>16</sup> Un dirigente de la CTM, después de renunciar a la ORIT, explicó que “esta organización no tiene ni pies ni cabeza

<sup>14</sup> Ibid., p. 31.

<sup>15</sup> Serafino Romualdi, *Presidents and Peons. Recollections of a Labor Ambassador in Latin America*, ed. Funk and Wagnell, Nueva York, 1968, p. 42.

<sup>16</sup> Jack Scott, op. cit., pp. 215-26.

latinoamericanos. Es simplemente el instrumento del Departamento de Estado que manipulan [...] las organizaciones sindicales de Estados Unidos y sus satélites cubanos”.<sup>17</sup> A pesar de asumir formalmente la defensa de un tipo de sindicalismo opuesto a la participación sindical en asuntos políticos, la ORIT consistentemente ofreció su respaldo a la política imperialista en América Latina: declaró su apoyo al derrocamiento de Arbenz en Guatemala en 1954, a la invasión de Bahía de Cochinos en 1961, al golpe militar en Brasil en 1964 y a la intervención militar en la República Dominicana en 1965.<sup>18</sup>

Esta identificación tan estrecha con la política global del imperialismo en América Latina fue fuente de dificultades dentro de la organización y terminó por debilitarla y reducir su efectividad. Hemos mencionado ya la renuncia de la CTM, aunque dos años más tarde esta organización volvió a la ORIT bajo presión del gobierno mexicano. La estrecha relación entre la AFL-CIO y los corrompidos dirigentes de la Confederación de Trabajadores Cubanos (CTC), encabezados por Eusebio Mujal, fue una de las más importantes fuentes de fricción con otras organizaciones latinoamericanas. En 1952 la CTC había respaldado el golpe militar de Batista a cambio de garantías de que el nuevo gobierno no interfiriera en las actividades sindicales. La acentuación de los aspectos represivos del régimen, a partir del regreso de Castro en 1956, afectó de manera visible al movimiento obrero y a las organizaciones sindicales cubanas, generando protestas entre los mismos integrantes de la ORIT. Alberto Monge, dirigente sindical costarricense de afiliación socialdemócrata y secretario general de la ORIT, llegó a proponer una declaración de apoyo al movimiento 26 de julio en 1957. Finalmente, durante el curso del año 1958, las divisiones frente a la situación cubana reducían notoriamente la eficacia de la organización como un instrumento de la política imperialista.<sup>19</sup>

Durante la misma época, la caída de los regímenes de Rojas Pinilla en Colombia y de Pérez Jiménez en Venezuela, seguida como lo fue por la desastrosa gira del vicepresidente Nixon por el continente, provocaba una revaluación general de la política imperialista en círculos oficiales norteamericanos. La caída de Batista y la rápida radicalización del enfrentamiento con el régimen revolucionario cubano, aceleró el proceso de revaluación y provocó un cambio de política, un nuevo énfasis en la necesidad de contener a las organizaciones populares y de crear mecanismos nuevos para fortalecer el trabajo adelantado por la ORIT.

---

17 Hobart A. Spalding Jr. “US and Latin American Labor: The Dynamics of Imperialist Control”, *Latin American Perspectives* III (1), invierno de 1976, p. 50.

18 Ibid., p. 51.

19 Jack Scott, op. cit., pp. 221-22.

## A PARTIR DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

Los elementos centrales de la nueva política imperialista en América Latina se desprenden claramente del programa de la Alianza para el Progreso. Frente al desafío de la Revolución Cubana, y al temor de que proliferaran en el continente experiencias similares, el imperialismo norteamericano adoptó una política contrarrevolucionaria en el sentido estricto del término, es decir, diseñada explícitamente para contrarrestar lo que se apreciaba como una amenaza revolucionaria. La política global tenía dos aspectos principales: el primero, represivo y relativamente discreto; el otro reformista y resaltado por la gran campaña publicitaria que acompañó el lanzamiento de la Alianza. Ambos aspectos se abocaban a desmovilizar a los sectores populares y aislarlos de cualquier fuerza política parecida a la cubana.

La política estrictamente represiva se efectuó a través de un programa acelerado de entrenamiento de oficiales militares y policiales en Panamá y Estados Unidos; de abastecimiento de parque militar apropiado a la lucha antiguerrillera, dentro de un programa de asistencia militar dotado de mayores recursos; y de fortalecimiento de las misiones militares norteamericanas, en algunos casos con la participación directa en la lucha militar antiguerrillera. Al mismo tiempo se intentaba mejorar la imagen de las fuerzas armadas promoviendo programas de “acción cívica” a cargo de militares locales.<sup>20</sup>

La política reformista anunciada en la declaración de Punta del Este consistía en

acelerar el desarrollo económico y social; fomentar programas amplios de reforma agraria [...] asegurar salarios justos y condiciones de trabajo satisfactorios, eliminar el analfabetismo, reformar las leyes fiscales [...] y redistribuir el ingreso nacional para beneficiar a los más necesitados, promover políticas monetarias y fiscales que, en tanto eviten los efectos desastrosos de la inflación o deflación, protegerá el ingreso real de las mayorías, estimulando la empresa privada; acelerar la integración de América Latina [...]

---

<sup>20</sup> Véase Horacio L. Veneroni. *Los Estados Unidos y las Fuerzas armadas de América Latina*, ed. Periferia, Buenos Aires, 1973.

y todo esto “a través de las instituciones de la democracia representativa”.<sup>21</sup>

El programa represivo, menos publicitado, resultó ser el más exitoso y duradero. Una vez que mostró su eficacia en contra de la guerrilla (ya evidente en 1964), el compromiso con las reformas estructurales se mostró vacío. Sin embargo, el aparato montado para infiltrar, dividir y debilitar el movimiento obrero y campesino seguía funcionando con recursos notablemente mayores que en el periodo anterior a la Revolución Cubana.

En vista de la relativa debilidad de la ORIT y la inconveniencia de tener en su seno a elementos que pudieran discrepar con la política propuesta por la AFL-CIO, dificultando así la implementación rápida y eficaz de la política norteamericana, se estableció en 1962 una nueva organización que prescindió de la participación de los latinoamericanos. El Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicato Libre (IADSL) fue fundado, según una declaración hecha al Senado norteamericano en 1968, “en primer lugar como respuesta a la amenaza de la infiltración castrista y de un posible control de movimientos laborales importantes dentro de América Latina”.<sup>22</sup> Desde sus inicios fue una organización integrada y financiada por burócratas sindicales, representantes de las corporaciones transnacionales con inversiones en América Latina y representantes del gobierno norteamericano. De los hombres de negocio que han participado en su dirección se destacan los nombres de Peter Grace de la W. R. Grace Company, Charles Brickeroff de la Anaconda, William M. Hickey de la United Fruit, Robert Hull de Merck and Company, J. T. Trippe de Panam y Berent Friele en representación del imperio Rockefeller.<sup>23</sup> Peter Grace ha expresado con más claridad que nadie la naturaleza y objetivos del IADSL. En un discurso pronunciado en 1966, decía:

Es preciso que comprendamos que hoy en día las alternativas planteadas en América Latina son democracia o comunismo. Debemos estar conscientes de que no podemos dejar que la propaganda comunista nos divida entre liberales y conservadores o entre empresarios y obreros o entre el pueblo americano y su gobierno. El IADSL promueve la cooperación entre el obrero y la administración de la empresa y la eliminación de la lucha de clases. Enseña a los trabajadores a ayudar a ampliar el negocio de su empresa y aumentar la productividad para poder ellos mismos ganar más de un negocio en expansión. También muestra, de una manera bien concreta, que los trabajadores pueden

21 P. Nehemkis, “The Alliance for Progress”, in Claudio Veliz (comp.), *Latin America and the Caribbean: a Handbook*, ed. Praeger, Nueva York, p. 556.

22 Hobart A. Spalding Jr., *Organized Labor in Latin America*, New York University Press, Nueva York, 1977, p. 259.

23 Jack Scott, *op. cit.*, pp. 223-24.

tener mejores condiciones de vida dentro del contexto de una sociedad libre, democrática y capitalista.<sup>24</sup>

En otra ocasión celebró las actividades de la organización comentando que “a través del IADSL empresarios, trabajadores y gobierno se han unido para promover un objetivo común en América Latina, es decir, apoyar la forma democrática de gobierno, el sistema capitalista y el bienestar general del individuo”.<sup>25</sup> George Meany, dirigente de la AFL-CIO y también del IADSL, ratifica lo expresado por el sector empresarial: “Nosotros creemos en el sistema capitalista. Estamos dedicados a la preservación de este sistema que recompensa al obrero y [...] en que el capital también necesita su recompensa”<sup>26</sup>.

El respaldo oficial a la organización se refleja en sus fuentes de financiamiento. Entre 1962 y 1967 el gobierno contribuyó con casi dieciséis millones de dólares cubriendo, a través de USAID, el 89% de los gastos. El otro 11% se dividía entre los sindicatos (6%) y los empresarios (5%).<sup>27</sup> Estos recursos se gastaban básicamente en dos tipos de actividad: primero, en programas de entrenamiento de dirigentes sindicales latinoamericanos, y segundo, en los llamados “proyectos de impacto”.

El sentido de los programas de entrenamiento lo resumió Meany en 1962 cuando hizo el siguiente comentario:

Tomamos gente joven que hemos seleccionado en su país de origen y los traemos a un centro donde los sometemos a un curso. Algunos cursos son cortos, otros de un año, algunos de dos años, dependiendo de las necesidades. Les damos un entrenamiento en economía básica. Les informamos algo de la historia nuestra, algo de nuestros antecedentes. Después los metemos en el campo del sindicalismo [...] como ejemplo de las cosas que tenemos que hacer con estos latinoamericanos, tenemos que mostrarles la relación entre salario y producción. Esto es algo en que eran totalmente ignorantes hace unos pocos años.<sup>28</sup>

---

24 Ibid., pp. 225-26.

25 Loc. cit.

26 Loc. Cit.

27 Hobart A. Spalding Jr., *US and Latin American Labor*, cit. p. 27.

28 Ibid., p. 54.

Según el informe enviado al Senado norteamericano en 1968, “el propósito de los seminarios locales, como asimismo de los cursos más avanzados del IADSL, es entregar una educación sindical básica a miembros de los sindicatos latinoamericanos, desarrollar su capacidad de liderazgo y enseñar métodos para fortalecer sus sindicatos contra la infiltración y las tácticas totalitarias”;<sup>29</sup> El informe Anual del IADSL para 1975 sostenía que hasta esa fecha 259 876 personas habían pasado por uno u otro de los cursos ofrecidos por el Instituto.<sup>30</sup> Los “proyectos de impacto” cubren programas de asistencia a determinados sindicatos, donaciones de máquinas de coser, préstamos a cooperativas y, sobre todo, programas de construcción de viviendas. En este último renglón el IADSL había canalizado más de 77 millones de dólares facilitando la construcción de 18 048 unidades.<sup>31</sup> Por supuesto, estos gastos se reparten con el mismo criterio “no político” de fortalecer a sindicatos anticomunistas o debilitar a dirigentes considerados no confiables.

El nuevo énfasis por parte del imperialismo en la política sindical se hizo sentir inmediatamente en algunos de los países latinoamericanos donde la izquierda se perfilaba como una alternativa real de poder, aunque la intervención no se instrumentalizó exclusivamente a través del recién fundado IADSL. Uno de los primeros y más notorios casos de intervención afectó a la Guayana Británica durante los años 1961 y 1962, cuando los sindicatos norteamericanos apoyaron la campaña promovida por la Gran Bretaña, de derrocar al primer ministro Jagan, llegando a fomentar deliberadamente las tensiones raciales en el país para lograr imponer un gobierno más complaciente con los intereses imperialistas.<sup>32</sup>

Durante 1962 el fortalecimiento de las organizaciones populares y los avances de los partidos de izquierda en Chile y en Brasil hicieron de estos dos países objeto de una preocupación especial por parte de los norteamericanos. En el caso chileno se intentó dividir a la Central Única de Trabajadores, provocando el retiro de los representantes demócrata-cristianos de esta organización cumbre de los trabajadores. Se habían creado las bases para una organización sindical independiente pero, en el último momento, los demócrata-cristianos se negaron a cooperar en la maniobra.<sup>33</sup>

Un intento similar se produjo en Brasil en el mismo año y constituyó el inicio de una ofensiva

---

29 Ibid., p. 55.

30 Hobart A. Spalding Jr., *Organized Labor*, cit., p. 261.

31 Ibid., p. 262.

32 George Monis, *La CIA y el movimiento obrero*, ed. Grijalbo, México, 1967, pp. 81-84.

33 Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, ed. Era, México, 1974, pp. 274-75.

imperialista que culminó con el golpe militar de 1964. Mientras el gobierno norteamericano restringía su ayuda financiera al gobierno de João Goulart y canalizaba su apoyo hacia los gobernadores opuestos a la administración central del país, el IADSL fortalecía su posición en base a un curso en Washington montado exclusivamente para dirigentes sindicales brasileños. Es difícil estimar la contribución de las iniciativas imperialistas al éxito del golpe militar, pero un representante de la IADSL sostuvo que “algunos de los [brasileños entrenados] estaban tan activos que se involucraron a fondo en algunas operaciones clandestinas [...] lo que ocurrió en Brasil no ocurrió por sí solo, fue planeado con meses de anticipación. Muchos de los líderes sindicales, algunos de los cuales fueron entrenados en nuestro Instituto, estuvieron metidos”.<sup>34</sup>

Hay un aspecto del programa de entrenamiento para el Brasil que reviste un interés especial porque prefigura una política general adoptada por el IADSL en los años siguientes. Se trata de la importancia atribuida a los obreros de la comunicación como un sector estratégico. Un comentarista norteamericano anota que frente al golpe “los comunistas llamaron a una huelga general, con énfasis en los obreros de la comunicación. Pero para su desconcierto, las telecomunicaciones seguían funcionando y el ejército podía coordinar los movimientos de tropas”.<sup>35</sup> Durante la siguiente década, el IADSL hizo un esfuerzo especial para penetrar los sindicatos de comunicaciones y de transporte, precisamente por su importancia estratégica cuando se trataba de “desestabilizar” a gobiernos considerados indeseables. Pero las iniciativas en este sentido no corrieron exclusivamente por cuenta del IADSL.

En la medida en que los esfuerzos de la política sindical norteamericana se abocaban hacia ciertos sectores considerados estratégicos, y sobre todo cuando, durante los años sesenta, empezaron a provocar resistencia las actividades del IADSL, asumieron una importancia particular ciertos Secretariados Profesionales Internacionales (SPI) con base en Europa y vinculados a la socialdemocracia. Varios de los SPI habían establecido oficinas en América Latina durante los años cincuenta, pero fue durante la década siguiente que empezaron a cumplir un papel clave en la estrategia global del imperialismo. Según informe que la Contraloría General de Estados Unidos presentara ante el Senado de su país, el gobierno norteamericano estaba canalizando dinero a través de sindicatos y SPI determinados “para continuar la ayuda financiera a los sindicatos norteamericanos afiliados a los SPI que operan en América Latina y al mismo tiempo llamando la menor atención posible sobre estas

---

34 Fred Hirsch, “El aparato sindical imperialista y la junta”, *Chile Informativo*, n. 82, México, febrero, 1967, p. XXII.

35 Jack Scott, op. cit., p. 230.

actividades de Estados Unidos en el movimiento obrero de América Latina”.<sup>36</sup>

Entre los SPI utilizados de esta manera destacan la Internacional de Correos, Teléfonos y Telégrafos (ICTT), la Federación Internacional de Transporte (FIT) y la Federación Internacional de Técnicos y Comerciales (FITC). Sería extenso mucho entrar en detalles respecto a sus actividades. Basta decir que cumplieron un papel destacado en la organización del Frente Nacional de Defensa Gremial (FNDG) que desató el paro de octubre de 1972 en Chile y fueron participantes activos en los preparativos para el golpe de 1973.<sup>37</sup>

Aparte de estos sectores estratégicos mencionados, el campesinado fue objeto de una atención especial durante la década de los sesenta, por razones más que evidentes. En este caso a los esfuerzos directos del IADSL coadyuvaban otros institutos controlados por los norteamericanos en ausencia de un equivalente de los SPI. Aquí podemos tomar dos ejemplos: uno en que la preocupación por la organización campesina perduró hasta la década de los setenta; y otro en que una reevaluación de la política imperialista llevó al abandono del énfasis puesto en la organización de los sectores rurales.

El primer caso es Chile, donde el IADSL había entrenado a más de tres mil dirigentes campesinos antes de la aprobación de la Reforma Agraria introducida por el gobierno demócrata-cristiano de Eduardo Frei. Sin embargo, la organización de mayor importancia en la implementación de la política imperialista en el campo chileno fue la Fundación Internacional de Desarrollo (FID), establecida en Chile en 1964. Este organismo fue en gran parte responsable de la formación de la Confederación Nacional Campesina, una organización sindical que promovía una reforma agraria que estableciera pequeñas propiedades individuales como alternativa a formar cooperativas o colectivos. Una vez que se hizo público su financiamiento por parte de la CIA, la FID tuvo que retirarse del país, siendo remplazada por la USAID. Por supuesto, la radicalización del campesinado chileno bajo el impacto de la Reforma Agraria, y sobre todo durante los años de la Unidad Popular, mantuvo activos a los agentes del imperialismo en el campo de la organización rural hasta que el golpe militar de 1973 ofreciera una solución más violenta y expedita al problema.<sup>38</sup>

En el caso de Brasil, la experiencia en las áreas rurales fue algo distinta. Durante la década de los sesenta, gran parte del esfuerzo del IADSL estuvo dirigido al entrenamiento de dirigentes campesinos

---

36 Fred Hirsch, op. cit., p. V.

37 Loc. Cit.

38 Hobart A. Spalding Jr., *Organized Labor in Latin America*, cit., p. 266.

en la explosiva región nordeste del país, donde se habían desarrollado las Ligas Agrarias a partir de fines de los años cincuenta. Sin embargo, la consolidación del régimen militar después de 1964 y la acentuación del carácter represivo del régimen frente a la guerrilla urbana, a fines de 1968, provocaron una reevaluación del programa de entrenamiento en el país. En 1970, un informe oficial sobre el programa del IADSL comentaba que

nuestra mayor preocupación es que el impacto del Programa del Instituto en el Brasil tiende a ser más frágil en las áreas de mayor concentración urbana, donde el movimiento sindical podría ser de gran importancia cuando las cosas se pongan negras [*when the chips are down*]. Para corroborar nuestra hipótesis pedimos que el Agregado Laboral de la Embajada nos preparara una lista de los sindicatos brasileños más fuertes e importantes [...] El resultado mostró que de estos veintitrés sindicatos brasileños más fuertes, ocho fueron cubiertos por uno o más de nuestros programas y quince no lo fueron.<sup>39</sup>

Las modificaciones correspondientes fueron introducidas. El sector rural pasó a un segundo plano y los esfuerzos del IADSL se dirigieron hacia los obreros metalúrgicos, precisamente el sector que posteriormente encabezara las movilizaciones obreras durante 1978 y 1979.

5

## LA COYUNTURA ACTUAL Y LA BÚSQUEDA DE UNA ALTERNATIVA DE RECAMBIO

Hasta el momento hemos hecho hincapié en la labor cumplida por las organizaciones imperialistas en contra de regímenes considerados indeseables y organizaciones populares influidas por la izquierda. Pero, tal como hemos visto en el caso brasileño, la existencia o instalación de regímenes proimperialistas en países determinados nunca se consideró motivo para descuidar la labor de educación respecto de los principios del sindicalismo proimperialista. Al contrario, ofrecía mejores oportunidades para desarrollar los objetivos buscados. En el mismo caso brasileño, el documento que

---

39 American Technical Assistance Corporation, *An Appraisal of Program Effectiveness and Management of the AIFLD*, 1970, citado en *Em Tempo*, n. 30, São Paulo, noviembre de 1978, pp. 5-6.

hemos citado precisaba los objetivos fundamentales a lograr bajo regímenes militares. Se recomienda “preparar el movimiento sindical brasileño para el día en que las actividades sindicales libres y democráticas se permitan [...] [y] entrenar un cuadro de líderes democráticos que actúe contra la eventualidad de una revolución y que no deje un vacío de liderazgo que pudiese ser llenado por dirigentes comunistas”.<sup>40</sup>

Sin embargo, se ha puesto en evidencia últimamente la limitación de esta perspectiva que implícitamente espera el agotamiento de las formas más represivas de dominación en el continente. A partir de 1973, se imponía una evaluación más a fondo de los problemas planteados por los regímenes militares. A partir de esa fecha, la mayoría de los países que más habían preocupado al imperialismo a comienzos de la década (Chile, Uruguay, Argentina) habían caído bajo el control de regímenes militares agresivamente procapitalistas y sumamente represivos. Pero con estos éxitos se presentaba un problema nuevo. Los cuadros sindicales formados por el imperialismo, en la medida en que habían encabezado las movilizaciones antipopulares y colaborado con los regímenes represivos, perdían su capacidad para vincularse a las organizaciones populares. Los regímenes instalados en estos países han resultado tan represivos que “funcionarios del Departamento de Estado frecuentemente se desesperan por la ‘estupidez’ de perseguir indiscriminadamente a los sindicalistas, eliminando así los mecanismos de negociación y para llegar a acuerdos”.<sup>41</sup> Es más, últimamente las mismas publicaciones del AIDSL argumentan que “las dictaduras del Cono Sur están, de hecho, promoviendo el crecimiento del comunismo dentro de los sindicatos a través de una represión indiscriminada que los impulsa a la clandestinidad”.<sup>42</sup>

Frente a esta problemática, la política de la Trilateral que implementa Carter, de defensa de los derechos humanos y apoyo a una mayor “democratización” de los regímenes militares, revela su sentido íntimo: la preocupación por asegurar para el subcontinente formas más *estables* de dominación política. De allí incluso la búsqueda de fórmulas de recambio en los casos más conflictivos.

Sin embargo, este problema se ha presentado al imperialismo norteamericano dentro de un contexto global caracterizado por algunos elementos nuevos que han afectado su capacidad para imponer soluciones en el subcontinente. En primer término, destaca la importancia creciente, a partir de los años sesenta, del capital extranjero, europeo y japonés, lo que ha significado una reducción del peso *relativo*

---

40 Loc. cit.

41 *Latin American Economic Report*, VI, 1978, p. 24.

42 *NACLA empire and Latin American Report*, XIII (2), 1979, pp. 33-34.

del capital norteamericano en el continente y un aumento de la autonomía relativa de los gobiernos latinoamericanos de distintos signos ideológicos, en la medida en que se les ha abierto la posibilidad de negociar con varias potencias imperialistas. (Piénsese en el acuerdo nuclear entre Brasil y Alemania occidental, en el acercamiento entre los países del Pacto Andino y la Comunidad Económica Europea o en el SELA.)

Esta circunstancia ha repercutido en un debilitamiento político del imperialismo norteamericano, reflejado de manera muy clara en las crecientes dificultades que ha experimentado en el seno de la OEA, donde le resulta cada vez más problemático imponer sus criterios, como se evidenció, por ejemplo, durante la crisis nicaragüense, cuando la propuesta norteamericana de una intervención conjunta fue rechazada de plano por los demás miembros de la organización. A su vez se han visto disminuidas las posibilidades de intervención militar directa, a tal punto que en la misma crisis nicaragüense, sus intentos de respaldar al tambaleante régimen de Somoza tuvieron que canalizarse a través de una ayuda militar que ostensiblemente provenía de Israel y Argentina.<sup>43</sup>

Este debilitamiento relativo del imperialismo norteamericano no debe entenderse como evidencia de un debilitamiento del imperialismo en su conjunto. Al contrario, durante los últimos años han aumentado notoriamente las inversiones de capital extranjero en la región, precisamente por la mayor confianza del capital imperialista en la estabilidad política de la zona. Lo que sí significan los factores mencionados es que hoy en día, la búsqueda de fórmulas de recambio no corre exclusivamente por cuenta del imperialismo norteamericano. Cualquier evaluación del panorama político actual del continente tiene que tomar en cuenta, obligatoriamente, la creciente incidencia de corrientes políticas nutridas y apoyadas desde Europa como son la socialdemocracia y la democracia cristiana, ambas caracterizadas por una capacidad mayor de penetración en el movimiento obrero y sindical que las organizaciones sindicales norteamericanas. De estas dos corrientes, la más débil, indudablemente, es la democristiana, que se perfila como la solución de recambio más viable para el imperialismo solamente en el caso de Chile. De una relevancia mucho mayor para la política continental del imperialismo es la socialdemocracia latinoamericana, que ha recibido un apoyo decisivo por parte de los partidos socialdemócratas europeos durante los últimos años.

Sin embargo, no debe subestimarse la influencia de la democracia cristiana, ni menos aún su potencial futuro, sobre todo entre el campesinado. La organización democristiana en el campo sindical se desarrolló muy tardíamente. El impulso decisivo provino de una iniciativa de la Confederación

---

43 José María Bulnes, "La ofensiva de la socialdemocracia en América Latina", *Le Monde Diplomatique en Español*, abril, 1979, p. 25.

Internacional de Sindicatos Cristianos (CISC) que, en 1954, promovió la formación, en Santiago de Chile, de la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos (CLASC). A esas alturas, la recién formada organización no se planteó la creación de sindicatos cristianos independientes, ni menos competir con la ORIT como organización regional. Es más, las dos organizaciones sindicales cristianas nacionales de más peso, la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC) y los sindicatos “Rerum Novarum” de Costa Rica, estaban afiliados a la ORIT.

La política adoptada por los sindicalistas cristianos consistió en crear sindicatos cristianos independientes solamente en el caso de que las organizaciones sindicales existentes fueran o estrechamente pronorteamericanas o totalmente subordinadas a los partidos comunistas. A partir de la Revolución Cubana, esta situación se dio con más frecuencia, de manera tal que en 1966 la organización modifica su nombre para responder tanto a sindicatos como a sindicalistas, denominándose en adelante la Confederación Latinoamericana Sindical Cristiana (CLASC).

## Cuadro 2

### AMÉRICA LATINA: NÚMERO Y PORCENTAJE DE TRABAJADORES SINDICALIZADOS EN RELACIÓN A LA POBLACIÓN ECONOMICA ACTIVA

<i>Países</i>	<i>A</i> <i>Sindicalizados.</i>	<i>B</i> <i>Población activa</i>	<i>Por ciento de</i> <i>sindicalizados</i>
Argentina	2 532 000 (1964)	7 524 469 (1960)	33.6
Bolivia	202 550 (1964)	1 736 900 (1960)	11.6
Brasil	1 952 752 (1974)	29 557 224 (1970)	6.6
Colombia	1 246 800 (1964)	1 134 125 (1964)	24.3
Costa Rica	14 543 (1964)	395 273 (1960)	3.7
Cuba	1 510 075 (1964)	1 972 266 (1960)	76.6
Chile	850 000 (1971)	2 607 360 (1970)	32.6
República Dom.	67 875 (1964)	820 710 (1960)	8.3
Ecuador	112 718 (1964)	2 220 800 (1974)	5.0
El Salvador	27 008 (1964)	807 002 (1961)	3.3
Guatemala	17 510 (1964)	1 317 140 (1964)	1.3
Haití	5 230 (1964)	1 747 187 (1950)	0.3
Honduras	27 102 (1964)	567 988 (1961)	4.8

México	3 437 418 (1971)	12 955 057 (1970)	26.5
Nicaragua	20 200 (1964)	474 960 (1963)	4.3
Panamá	19 369 (1964)	36 969 (1960)	5.7
Paraguay	54 000 (1964)	586 415 (1962)	9.2
Perú	550 000 (1964)	3 871 613 (1972)	14.2
Uruguay	197 916 (1964)	1 012 267 (1963)	18.9
<b>T O T A L</b>	<b>14 429 495</b>	<b>78 660 489</b>	<b>18.3</b>

FUENTE: Rubén Kaztman y José Luis Reyna. *Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina*, El Colegio de México, 1979, p. 209.

Número de trabajadores afiliado a las distintas organizaciones sindicales regionales: José Luis Rubio calculaba para el año 1970 un total de veinte millones de trabajadores sindicalizados, distribuidos de la siguiente manera: ORIT siete millones; CLASC y FCL una parte de los cuadros milita a la vez en los sindicatos independientes o en la socialista (CPUSTAL): cinco millones; independientes: cinco millones y CPUST AL: cuatro millones.

José Luis Rubio, op. cit., p. 94.

El carácter de esta organización sindical cristiana, menos sujeta que otras organizaciones regionales a las presiones de burócratas sindicales apoyados en fuertes aparatos nacionales, facilitó su radicalización a partir de la Revolución Cubana. En efecto, asumió una postura antinorteamericana y entró en conflicto abierto con la ORIT. Bajo la dirección de Emilio Máspero, presidente de la organización a partir de 1966, la CLASC reclamaba soluciones revolucionarias a nivel continental. Llegó incluso a identificarse con la posición de compromiso revolucionario de Camilo Torres en Colombia y sectores cristianos respaldaron al coronel Caamaño en la República Dominicana. Además, desde sus inicios la CLASC puso gran énfasis en la organización de sindicatos campesinos a través de la Federación Campesina Latinoamericana (FCL). En consecuencia, ha llegado a ejercer una influencia apreciable en el movimiento obrero latinoamericano. En el cuadro 2 ofrecemos un resumen de la información sobre el nivel de sindicalización en el continente y una estimación del peso relativo de las distintas organizaciones regionales.

De quedarse el análisis en la postura revolucionaria de los sindicalistas cristianos durante la década

de los sesenta, podríamos engañarnos con respecto al impacto y las perspectivas globales de la ofensiva democristiana en el continente. De hecho las posiciones de la CLASC entraban en conflicto permanente con la orientación conservadora de la CISL, dominada por las organizaciones democristianas alemana e italiana, de una orientación muy alejada de las corrientes progresistas del cristianismo latinoamericano. Además, la influencia de los partidos demócratacristianos europeos pasaba preferentemente por los partidos latinoamericanos, sobre todo por el Partido Demócrata Cristiano Chileno y el partido Copei en Venezuela. Si tomamos el caso de Chile, se puede ver con absoluta claridad que, a pesar de las buenas intenciones de sectores importantes del sindicalismo cristiano, el peso del partido resultó determinante. El PDC bajo Frei actuó como fuerza social protagonista de un proyecto de modernización capitalista concebido dentro de los parámetros de la Alianza para el Progreso. Posteriormente, el partido asumió un papel claramente contrarrevolucionario frente a la administración de Salvador Allende.<sup>44</sup> En los momentos cruciales de definición política las aspiraciones revolucionarias de los sindicalistas cristianos han pesado poco en la balanza frente a la tradición conservadora de los partidos demócratacristianos. La tradición socialdemócrata tiene raíces más profundas que la socialcristiana a pesar de la indiferencia de los socialistas europeos hacia la problemática latinoamericana hasta muy recientemente. En América Latina, a partir de la segunda guerra mundial, los partidos socialdemócratas se habían nutrido más de contactos con Estados Unidos que con Europa. Hemos visto cómo los dirigentes sindicales de Acción Democrática y del APRA fueron de los primeros en responder a las iniciativas de Romualdi en 1946. Posteriormente los partidos socialdemócratas aseguraron la afiliación de los sindicatos bajo su control a la ORIT. Aunque los sindicalistas socialdemócratas hayan tenido discrepancias importantes con aspectos de la política norteamericana, como ya vimos en relación con el régimen de Batista en Cuba, la misma experiencia cubana después de la caída de Batista demuestra cómo, en una situación de confrontación revolucionaria, los partidos y sindicatos asociados a la socialdemocracia se han encuadrado en la contrarrevolución. Dentro del movimiento obrero latinoamericano los socialdemócratas fueron los más efectivos agitadores anticubanos, una vez que la Revolución se definió como socialista.

La Internacional Socialista había desarrollado su acción principalmente dentro del marco político europeo hasta el año 1971. La primera reunión del Buró de la en América Latina se celebró en Santiago de Chile en febrero de 1973, pero fue después del derrocamiento de Allende y frente a la proliferación de regímenes represivos en América Latina que su actividad asumió importancia y que

---

44 José Luis Rubio, *Las Internacionales Obreras en América*, ZYX, Madrid. 1971, pp. 36-89.

empezó a perfilarse como una opción de recambio. Se ha comentado que “cuando la Trilateral plantea la necesidad de un reformismo preventivo y de formas democráticas restringidas, por lo *menos* algo de lo que significa la ofensiva socialdemócrata sirve a su planteamiento”.<sup>45</sup> Tan es así que se pregunta “si, por vía Trilateral o por otros caminos, existe o no un cierto acuerdo entre algunos círculos del gobierno de Carter y algunos dirigentes de la socialdemocracia europea que facilitarían la ofensiva política de la Internacional Socialista en América Latina”.<sup>46</sup> Lo cierto es que los poderosos partidos socialdemócratas europeos, encabezados por el alemán, representan políticas reformistas totalmente compatibles con una perspectiva de modernización del capitalismo y de domesticación de las organizaciones sindicales.

No obstante, sería un craso error exagerar la coincidencia entre las políticas de la socialdemocracia latinoamericana o europea, y las del imperialismo norteamericano. Si fuera así la socialdemocracia sería menos convincente y menos peligrosa como alternativa de recambio. El hecho es que la Internacional Socialista ofrece un tipo de perspectiva reformista para el continente que resulta muy difícil de orquestar desde Washington. Además contempla la posibilidad hasta de apoyar a movimientos insurreccionales, mientras que esta opción está totalmente cerrada para Estados Unidos. Bruno Kreisky, dirigente socialdemócrata austriaco, argumenta que

desde la muerte de Allende y el golpe de Estado chileno parece muy dudoso que en América Latina y otras regiones donde la injusticia y el terror coexisten con inmensas riquezas y plutocracias opulentas, las masas estén dispuestas a soportar la prueba de paciencia histórica que supone el esperar un desarrollo democrático por medios pacíficos. En estos países de Asia, África y Latinoamérica puede haber movimientos y partidos populares que mantengan contactos con los socialdemócratas europeos sin que por ello tengan que ser juzgados con arreglo a los severos criterios de los estatutos de la Internacional.<sup>47</sup>

De allí, por ejemplo, el apoyo socialdemócrata a la lucha de liberación nacional de los sandinistas en Nicaragua. De allí también la ofensiva diplomática iniciada por el gobierno socialdemócrata venezolano de Carlos Andrés Pérez en el área de Centroamérica y el Caribe, donde demostró claramente que tenía mayores posibilidades que el gobierno norteamericano de relacionarse con las

---

45 José María Bulnes, arto cit., p. 25.

46 Loc. Cit.

47 Loc. cit.

alternativas de recambio.

Esta audacia de la política reformista no debe fomentar ilusiones con respecto al significado de la política continental de la socialdemocracia. Esto se desprende con mayor claridad si examinamos la naturaleza de los partidos latinoamericanos afiliados o asociados a la Internacional Socialista. Entre ellos, se destacan por su importancia como partidos con una fuerte representación sindical y trayectoria gubernamental, el PRI mexicano, el Partido Liberal de Colombia, Acción Democrática en Venezuela, el APRA en Perú y el PLN en Costa Rica, todos partidos que tradicionalmente han facilitado o fomentado la penetración del sindicalismo norteamericano en sus respectivos países. Además, como alternativas de recambio, la IS busca una influencia futura en el sur del continente a través del Partido Trabalhista brasileño encabezado por Leonel Brizola, de la UCR argentina y del Partido Radical y sectores del Partido Socialista en Chile.

En base a lo planteado hasta el momento, queremos subrayar la importancia de la intervención imperialista en los sindicatos y la necesidad de una vigilancia permanente frente a las distintas modalidades que asume. Esperamos haber mostrado que la intervención directa en los sindicatos constituye solamente un aspecto de la política imperialista, encaminada a neutralizar la organización autónoma de la clase obrera latinoamericana y a dificultar la conformación de una alternativa revolucionaria auténtica. Para concluir, queremos insistir en que en la coyuntura actual de reactivación de las organizaciones sindicales en el continente —y ante la perspectiva de un aflojamiento del rígido control militar en varios de los países latinoamericanos—, las alternativas con que cuenta el imperialismo, en su empeño de consolidar el sistema capitalista, abarcan no solamente los instrumentos desarrollados por los norteamericanos durante las últimas décadas, sino además versiones nuevas de ese reformismo, cuyo compromiso antirrevolucionario tantas veces se disimula con retórica antimperialista.